

TORTAS LOCAS

Entre el gentío, sonaba el eco de los verdiales. La orquestina bañada de colores hacía temblar las cuerdas de sus guitarras y violines al son de una copla ancestral, aquella que se debe leer con espejuelos, aquella que se debe bailar con crinolina y polisón, aquella que se paladea con té y tortas locas.

Y muy cerca, en la entrada de su casa, una anciana intenta ordenar a su mano el cese de un temblor que le impide coger uno de los dulces del plato. Con el zumbido monótono de una radio, se despide del muchacho tan simpático que le trajo aquel manjar desde la confitería Tejeros. Y queda sola, sin ese muchacho, su nieto, al que el alzhéimer borró de sus recuerdos, sin esas tortas locas a las que el párkinson aleja de su boca, sin esa copla que la vejez aparca en el retal prehistórico de su niñez.